

La jerga juvenil o la fiesta del lenguaje: el caso ecuatoriano

*No la hagas sufrir más, porque ella
te ha visto con otra mina. Si ya no
la quieres, córtala, y dile que
ligaste con otra jeva.*

Dennis Francois en su breve ensayo sobre los argots afirma que este término aparece en el siglo XVII, en la época de los procesos de los Coquillards, en donde se hablaba de *jargon* (jerga) o *jobelín*. Primitivamente, el *argot* designa a la comunidad de los malhechores y mendigos; al "Reino del Argot", lugar último al que eran confinados los delincuentes (1976: 54). Con esta breve referencia, parecería ser que el argot estaría conformado por todas aquellas manifestaciones verbales propias de los delincuentes; y por extensión, por el habla de los estratos sociales económicamente bajos, de los iletrados, de los analfabetos, en fin, de los incultos. Sin embargo, y con el paso del tiempo, esta perspectiva sufre un viraje cuando, hoy, se han constituido en legítimas hablas sociales o de grupo cuyos fines identitarios y de desclasamiento les asignan un valor propio dentro de un sistema lingüístico mayor: nuestra lengua.

Tenemos, entonces, que al interior del argot concurren formas lingüísticas empleadas por diferentes grupos sociales, -profesiones, oficios u ocupaciones- que persiguen legitimar su existencia mediante la peculiaridad de sus usos verbales: No surgen como algo misterioso o esotérico, no como propio de la gente del mal vivir, sino como un instrumento necesario para defenderse y sobrevivir en el seno de un grupo social. Al mismo tiempo que -y vale subrayarlo- no debemos confundir en ningún momento al argot con las lenguas técnicas, a pesar de que ciertos argots poseen tecnicismos; y, a pesar, de que la tecnicidad y el secreto están próximos.

Una misma comunidad profesional u ocupacional (actores, médicos, literatos, delincuentes, consumidores de marihuana, futbolistas, tejedores de sombreros de paja toquilla, artesanos, profesionales de la cerámica, prostitutas, etc.) puede emplear un determinado argot con un fin más bien de ocultamiento, reserva e identificación; es un habla social exclusiva, frente a las lenguas técnicas que buscan la precisión, la eficacia y el prestigio, incluso.

Entre las investigaciones sobre el argot español realizadas en los últimos años se destacan las de Julia Sanmartín y Ciriaco Ruiz, autores de diccionarios de argot español, recientemente publicados. Para Sanmartín (1998):

El argot común surge como una nebulosa, una especie de conglomerado de voces de procedencia diversa y en ocasiones desconocida, un léxico compuesto sobre todo por sustantivos, adjetivos y verbos. Se mantiene, sin embargo, la estructura morfológica y sintáctica y la fonética de la lengua sobre la que se asienta, es decir, únicamente se reduce a unas piezas que se insertan en el discurso de cada día como si de un mosaico se tratara (VII).

En un trabajo posterior, Sanmartín (1999: 66) considera que los argots son unos léxicos específicos propios de un grupo social, con rasgos exclusivos que permiten diferenciarlos del resto de variedades sociales o estilísticas de una lengua y que se encuentran a medio camino entre la neología estilística y la denominativa. Ruiz (2001: 9) afirma que el argot es una más entre las múltiples variaciones sociales de la lengua, que son determinadas por factores que estratifican y segmentan la lengua en la sociedad y lo convierten en expresión de la diferencia mediante la cual los usuarios se reconocen, integran y comparten los valores propios del grupo. Así, funciona como cohesionador grupal, aunque desde afuera se interprete como un intento para evitar que sus comunicaciones sean comprendidas por el resto del conjunto social. También Rodríguez (1999) define argot como:

Una parte del léxico sometida a un flujo constante y formado por un cúmulo de expresiones vivas y pintorescas que caracterizan a muy distintos grupos sociales y profesionales, especialmente cuando se emplean para la comunicación interna. El argot proporciona y refuerza la identidad social y grupal, pero también se utiliza en la sociedad en general para dar un aire de informalidad y relajación a la comunicación. Por su naturaleza y multiplicidad de objetivos, el argot es un punto de encuentro para personas que trabajan en campos diferentes, como lexicógrafos, sociolingüistas, psicólogos, e incluso para el público en general (455).

Finalmente, el argot surge dentro del marco de la gramática y de la fonología de un instrumento de comunicación común inmediatamente mayor (dialecto o lengua); es un vocabulario incompleto, limitado, en donde solo aparecen algunos lexemas nuevos para convertir la frase en algo incomprensible para los de afuera. El argot es un instrumento de comunicación secundaria y parasitaria, que requiere siempre del soporte de una lengua común; lo que explica además que el argot no pueda ser *internacional*.

Por otro lado, la *jerga*¹ comprende todas aquellas manifestaciones lingüísticas que son empleadas por un grupo social exclusivo: la *juventud*. Por supuesto que convergen en su interior algunos de los caracteres del argot; no obstante, la delimitación entre las hablas profesionales u ocupacionales y las de la juventud es obligatoria si miramos que al interior de la jerga misma concurren “subesferas” como la jerga de los deportes, de una clase social, de los graffitis, de los delincuentes, de un grupo ocupacional, de los estudiantes, etc. Los jóvenes la utilizan con fines crípticos y de cohesión, a través de ella los mensajes están ‘revestidos por otros significados’ para evitar que el “resto” los entienda.

Se evidencia con sus usos una especial actividad creadora, motivada por la necesidad de identificación, además de la sabrosura y expresividad que guardan al interior del grupo el empleo de estas variaciones lingüísticas. Aquí, el juego creador se realiza con admirable astucia, ingenio y libertad.

Ahora bien, si consideramos a la ciudad, en general, en su dimensión física y como estructura cultural, como un escenario en el que conviven lenguajes, evocaciones, sueños, miedos y utopías; normas, códigos y convenciones; imágenes, símbolos de pertenencia y variadas escrituras; entendemos que la lectura de un espacio cultural puede partir desde los más diversos ámbitos y elementos que la constituyen. Entonces, podemos hablar de varias posibilidades de lectura en donde se filtra un espacio múltiple, heterogéneo y dialógico; con sus propias normas, códigos; con sus memorias individuales y colectivas que proyectan sobre una atmósfera colmada de significación histórica y social (Villavicencio, 2002:47).

En este sentido, la *jerga de los jóvenes*, nos permite transitar por una lectura socio-cultural en torno a su forma particular de percibir el mundo, apropiándose de él y cartografiar un orbe en el que desean habitar. En el corpus constatamos la presencia de un mundo diverso y conflictivo, en el cual el regionalismo costa-sierra-oriente marca las pautas del comportamiento de los adolescentes y jóvenes de nuestra sociedad. Sin embargo, hay que anotar en la primera región se producen con mayor facilidad e ingenio las renovaciones lingüísticas, pues la vertiginosidad del puerto produce un desgaste mucho más rápido de los términos utilizados; al mismo tiempo que el contacto con otras hablas e idiomas favorecen el enriquecimiento léxico, que redundando en la apreciación y configuración de otros universos paralelos y gozosos y de fiesta², desde la concepción bajtiniana del término, dentro de una atmósfera estandariza.

En este sentido, el licor, el tabaco y la droga; el sexo, las reuniones y las fiestas; el machismo, el feminismo³ y la censura o rechazo a todo lo que signifique homosexualidad; la crítica hacia estratos sociales y culturales de toda índole, la rebeldía ante lo establecido, lo reglamentado, la posesión exagerada del *otro*, la agresión hacia lo poco estético, la alienación, el esnobismo, entre otros aspectos, tienen una relevancia mayor o menor de acuerdo al espacio en el cual se generan y se utilizan.

Las jergas juveniles pueden ser un signo de marginalidad social, de rebelión, como trasgresión deliberada de la norma. Aunque se reconoce que en España no se ha llegado a la creación de una contracultura tan críptica, tan rupturista como la variedad juvenil de los suburbios de Francia, con el verlan, lenguaje de los guetos; de todas maneras, el lenguaje juvenil representa una estética del desarraigo, del mestizaje de diferentes hablas.

Al referirse al verlan francés, el periodista José Luis Barbería (1999: 8), nos dice que los suburbios de las ciudades francesas son hoy fecundos laboratorios lingüísticos, pues a toda hora surgen nuevas palabras creadas con la inversión de las sílabas de las palabras conocidas; con la fusión de vocablos nacidos del choque entre el francés y el árabe y las lenguas centroafricanas, así mismo del inglés e incluso del español; también, con creaciones puras, creaciones caprichosas.

La jerga es solo una de las formas en que los jóvenes representan los significados inherentes al sistema social que les rodea y su forma particular de mirarlo. Son formas lingüísticas que, como su modo de andar, de vestir, sus hábitos alimenticios, su música, su diversa clase de literatura, sus programas de televisión (principalmente musicales como M.TV y Hot Music, que hoy por hoy dejó de ser simplemente el “poder de la música”, para ser el “poder de la música, pero de los jóvenes”), su cine, sus programas radiales, sus preferencias deportivas, sus peinados, sus lugares de reunión como parques (Parque de La Madre, La Concordia, Iberia, La Paz, etc.), discotecas, calles, esquinas y avenidas (La Calle Larga, el Centro Histórico, Remigio Crespo, Ordóñez Lazo, etc.), bares, barras, pizzerías, y otras pautas de comportamiento, y usos del espacio, son los que los identifica del resto de generaciones de la sociedad y de los otros grupos de jóvenes, porque dentro de la misma jerga existen variaciones y/o pugnas, que están presentes de acuerdo a la procedencia social de cada usuario, los intereses y lugares que frecuentan.

¹ Por razones operativas, hemos empleado este término para diferenciarlo de las hablas ocupacionales y/o profesionales. En todo caso, el empleo, por ejemplo de Julia Sanmartín de argot en su *Diccionario de argot hispanoamericano*, solo corrobora el afán de ceñir mi trabajo a las hablas de una generación exclusiva.

² Para el postformalista las lenguas “son concepciones del mundo no abstractas sino concretas, sociales, atravesadas por el sistema de las apreciaciones, inseparables de la práctica corriente y de la lucha de clases. Por ello, cada objeto, cada noción, cada punto de vista, cada apreciación y cada entonación, se encuentran en el punto de intersección de las fronteras de las lenguas y las concepciones del mundo, se hallan implicados en una lucha ideológica encarnizada”. Mijail, Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de Francois Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial, 1998: 426-427.

³ Una lectura “al revés” afirma la presencia de una cantidad apreciable de términos feministas en el momento que se apropian de los términos que en su cotidianidad se encuentran, y efectúan ciertos giros interesantes. Por ejemplo, *mina*, referida a muchacha, mujer; es transformado en *mino*, referido al varón. De igual forma, al referirse a las cualidades físicas visibles en los varones, se escucha: “está *buenote*”; “me lo *tiré*”; etc.

Por consiguiente, existe una relación directa entre los diferentes espacios en los que se mueven los jóvenes⁴ con las marcas lingüísticas inscritas, por ejemplo en una avenida o urbanización, y que anuncian el territorio de un determinado grupo. Cada uno de los nombres de pandillas o jorgas utiliza apelativos de las célebres agrupaciones sobre todo de los barrios de New York, como deseando homologar la jerarquía, el respeto e incluso el miedo sobre otros grupos de menor poder que amenazan su prestigio social al interior del entorno urbano.

En esta parte es importante advertir que en los últimos años, la ciudad de Cuenca ha sufrido un descalabro de las poblaciones jóvenes y adultas; proyectando un futuro casi siniestro en el sentido de que la población económicamente productiva, ha preferido inmigrar, sobre todo a los Estados Unidos, con el deseo de aprehender el “pastiche americano”. Nos es raro, por ejemplo, tropezarnos con varias zonas periféricas en donde se utiliza el *spanglish*⁵, pues los emigrantes de otros años, a su retorno, pretenden construir un universo paralelo por ellos vivido durante sus primeros años; estableciendo una suerte de escenario de la nostalgia por ese mundo vivido, y el deseo de los otros por experimentarlo. De allí que se presentan seres híbridos que se encuentran en el limbo, y que redundará en un retorno inminente.

Esta dialéctica salida-regreso-huida provoca en estas poblaciones un doble sentimiento: Por un lado, la nostalgia por los paisajes humano y geográfico al que lo miran contradictoriamente como roñoso pero feliz; y por otro, el vagabundeo deseoso por escapar de un orbe conflictivo en el cual el color del dinero y del prestigio social construyen una atmósfera del travestismo.

De allí que los espacios de convocatoria se han trasladado a los “malls” (que en realidad son “smalls”) con el ánimo de sentirse como parte de un nuevo mundo, sublimados por el discurso mediático de la sociedad tardomoderna. Y es de ver cómo llenan estos famosos centros comerciales de moda para asistir a la película de la semana; las ofertas de una casa disquera, o de una tienda de ropa Tommy.

Se produce, en definitiva, un traslado de los escenarios de convocatoria, en el sentido que en un tiempo anterior preferían acudir a una plaza, al parque, o al campo como lugares de esparcimiento. Ahora, las nuevas, vistosas y modernas avenidas, construidas con luces de neón, acaparan la atención de esta generación en la cual se concentra el deseo por lo moderno, y en donde asisten para “ser mirados” y “mirar” de cerca algo que se confunda con el concepto de felicidad a través del prestigio lingüístico-social.

Otro de los aspectos que llama la atención en este léxico, es la presencia de una gran cantidad de términos hedonistas y sexuales, lo cual nos permite afirmar que en estas generaciones el “gozo del cuerpo” es tan recurrente y relativo, hasta el punto de que lo efímero en las relaciones de pareja se ha vuelto tan normal, que los conceptos de “enamoramamiento”, “matrimonio”, “divorcio”, “soledad”, “fidelidad” e “infidelidad” sufren transformaciones semánticas sorprendentes.

Por otro lado, hay que anotar la existencia de algunos momentos de incomunicación, bien sea entre grupos de jóvenes de distinto estrato social, o bien con las generaciones menores o mayores. Y es precisamente porque un determinado grupo emplea una forma de expresión particular que tiene su fisonomía propia y que difícilmente puede convertirse en un vínculo de relación con los otros grupos que les rodean. Frente a estas situaciones de “incomunicación”, encontramos, empero, que a las generaciones mayores, en este contexto, les da por actualizarse con este tipo de usos verbales y, ahora mismito, comprenden, por fin, cuando alguno de sus hijos, puede ser el mayor, al teléfono, le dice a uno de sus *panas*: “Mis *viejos* andan *cabreras* conmigo y no me dan *chance* para ir a la *farra*; mejor *tópate* en la *esnaqui* del *tefren* dentro de un *ratón* para ir a dar un *giro* por la *citi*, pero espera que mis *rucos* se hayan ido de *ceja*”.

La relevancia social de este tipo de palabras ha hecho, incluso, que los “mayores”, ansiosos de escapar del estigma de la edad y del remilgo, utilicen este léxico, y, asimismo, se escucha: “Mi abuelo es buena *onda*, el *man* entiende nuestra *movida*; el *man* *muerde* el ambiente en el que *circulamos*”. Y, por supuesto, éste y todos los abuelos como que se han *sintonizado* con la *nota* de sus nietos, y, ya iniciados, se sienten listos para enfrentar las concurridas filas de alguna pizzería y participar de la oferta de la semana; o departir ansiosamente frustrados de la “cajita feliz de los Mc Donal’s”, que en realidad resultan infelices.

Por lo anotado, miramos que al interior de este espacio, a los jóvenes les da por asistir a varios lugares (esquinas, calles, avenidas, bares, colegios, universidades, etc.) que se constituyen como “círculos de poder” en donde la terminología jergal encuentra gran asidero y se constituyen en verdaderas “canteras lingüísticas”, en el cual los vocablos sufren modificaciones, trastornos y renovaciones permanentes; porque, al igual que una comida demasiado condimentada, cansa pronto al paladar y se encuentra insípida, surge la necesidad imperiosa de echar mano nuevamente del ingenio y la astucia para avivarle nuevamente el color, la fuerza y la gracia de su jerga.

⁴ Para el profesor catalán Carles Feixa (1998: 96-100), las culturas juveniles crean un territorio propio, se apoderan de espacios urbanos determinados, que distinguen con sus marcas: la esquina, la calle, la pared, el local de baile, la discoteca, el centro urbano, las zonas de ocio. Crean palabras, giros, frases hechas; cambian la entonación, todo para oponerse a los adultos. Para lograrlo, toman elementos prestados de los argots marginales, como el de la droga, de la delincuencia y de las minorías étnicas; pero también crean nuevos términos y expresiones a través de las metáforas, de la inversión silábica y los juegos lingüísticos.

⁵ De igual manera, se han adaptado algunas formas musicales para dar a conocer este malestar de nostalgia por la pérdida de los seres amados, de la tierra y la cultura; y no poca canciones aparecen construidas en *spanglish*, que da fundamento a nuestra aseveración.

La jerga es un fenómeno diacrónico, que se encuentra en constante evolución, son adopciones que se dan a lo largo de un tiempo y un espacio; causa, incluso, el deleite, el bienestar y el regocijo⁶ de quienes lo utilizan en sus diferentes grupos o jorgas; por el contrario, quien desconoce este vocabulario, termina siendo excluido del grupo por ser considerado un intruso, un profano.

Los mecanismos para las creaciones jergales varían de acuerdo al espacio y al tiempo; de acuerdo al estrato social y al grupo en que se suceden estos hechos comunicativos. Los usuarios de la jerga no se interesan por el origen de los términos por ellos manejados; solo están conscientes de que “les sirve” para comunicarse, y que, mientras más elementales sean las construcciones que elaboren, mejor y más directa será su interrelación (*ley de la economía del lenguaje*).

Dentro de los caracteres lingüísticos encontramos que estas variaciones se producen básicamente a nivel léxico y son de naturaleza oral -al igual que en el argot-, su renovación es permanente e infatigable frente al desgaste que sufren los términos antes empleados; al mismo tiempo que la autoafirmación del grupo obliga a identificar al grupo con el empleo de otras formas más expresivas, más extravagantes, incluso, frente al uso generalizado de los vocablos considerados por ellos como “infieles” y “retrógrados”.

Buscan, en este sentido, nuevas formas de comunicación y para ello echan mano de una serie de recursos que rompen con la tradición y la norma lingüística, que terminan siendo responsabilidad exclusiva de los doctos de la lengua, los mismos que, en su afán conservador, muestran una actitud de rechazo y censura frente a este tipo usos legítimos al considerarlos como ofensas al buen nombre del idioma; ante lo cual, las palabras de Beinhauer, resultan aleccionadoras:

Quando se trata de indagar la vida de un idioma, no hay que andarse con escrúpulos en la selección del material analizable. Por lo tanto no he reparado en citar vulgarismos y algunas procacidades, proscritas por la Real Academia de la Lengua y vituperadas por gentes exclusivamente timoratas; expresiones que, sin embargo, no por calladas dejan de vivir, reflejando espontáneas tendencias lingüísticas, no ya del hombre de tipo corriente y moliente, sino aún de las gentes cultas, cuando su habla va impulsada por la afectividad o en momentos de expansiva intimidad en charlas con los “amigotes”. En una tal conversación de hombres solo podría colarse -¿por qué callarlo?- incluso alguna obscenidad que hace torcer el gesto a los graves señores académicos. Pero, ¡qué le hemos de hacer!: también esos elementos lingüísticos, si bien dormidos, viven al fin en la subconsciencia de todo varón, y cuando llega la ocasión, éste difícilmente podrá impedir que se le escapen y exterioricen, velados por el eufemismo o en toda su cruda desnudez... (Beinhauer, 1963: 11-12).

En primera instancia, señalemos que en la jerga muy rara vez se presentan creaciones puras, seguramente porque se busca alguna motivación, ya sea meramente formal o conceptual para emplearlos en situaciones inmediatas; parece ser que los únicos significantes cabalmente creados son las *onomatopeyas* (habilitadas), o bien las formas reiterativas que, como toda repetición, atrae la atención y extrae su valor de algún aspecto insólito. Tenemos por ejemplo ¡*churos!*, ¡*putamanga!*, ¡*hijue fructas!*, etc. En el segundo caso, anotemos *bla bla*, empleado para referirse a aquellas personas que les da por ser habladoras y alabanciosas.

De forma similar, vemos que la mayor parte de la jerga admite sus derivados como aumentativos, generalmente empleados con connotaciones despectivas o de rechazo; diminutivos, que encierran connotaciones positivas y valorativas; y, superlativos, éstos últimos en donde se emplean, además de la forma *-ísim*, formas superlativas aleatorias (incrementos silábicos) como, ‘ultra’, ‘requete’, ‘recontra’, etc.: *ultra creis*, *requeteavión*, *recontrachévere*.

La composición como procedimiento de formación lexical, se hace presente en la jerga, cuando tenemos, por ejemplo, *fumarrillo*, forma lingüística que resulta de la fusión de ‘fuma’ (acción de consumir un cigarrillo), y ‘rillo’, (aféresis de ‘cigarrillo’). Igual acontece con *fima*, forma compuesta por las apócopes de ‘físico’ y ‘matemático’; *chupatuyo*, *gadejo*, *matacuchis*, *quibio*, etc. Es quizá en esta clase de elaboraciones en las que se muestra con toda claridad la funcionalidad de la comunicación; en vista de que pronunciar o escribir f-i-s-i-c-o- m-a-t-e-m-á-t-i-c-o (refiriéndose a la especialidad de un colegio) causa un gran c-a-n-s-a-n-c-i-o- y -f-a-t-i-g-a -a- q-u-i-e-n-e-s- e-s-c-u-c-h-a-n- o- a-q-u-i-e-n-e-s- l-e-e-n- e-s-t-a- f-r-a-s-e- t-a-n- l-a-r-g-a.

Dentro de los préstamos tenemos una cantidad considerable de vocablos que se encuentran en la jerga, la mayor parte de ellos, “importados” de la cultura norteamericana, bien sea por los bombardeos masivos de los medios de comunicación, bien por la actitud que muestra una gran parte de la juventud local por identificarse con todo lo que signifique americano, o, también, por las grandes oleadas de inmigrantes: *jaus*, *pípol*, *síster*, *japi*, *citi*, *down*, *ful*, *beibi*, *broder*, *cachar*, *college*, *creis*, *dancin*, *estrit*, *money*, *wacho*, *frend*, *gud*, *jai*, *luc*, *míster*, *nais*, *pley*, etc.

No obstante, encontramos además términos provenientes de modismos, jergas y argots de otras culturas. Y nos llegan términos de México, Argentina, Venezuela, etc. a través del cine y la televisión (telenovelas); y los muchachos emplean *chava*, *chamaco*, *chanvelán*, *geba*, *la neta*, *padrísimo*, *nacos*, *mina*, *chingar*, *joto*, etc. De la misma forma existen términos que provienen de lenguas vernáculas: *cholada*, *longada*, *gara*, etc. Son escasos los términos que provienen del francés (*tete a tete*) y del italiano (*cornuto*, *mafia*).

⁶ Véase ‘la noción de felicidad en el uso del lenguaje’, Graciela Reyes, *La Pragmática Lingüística*, Barcelona, Montesinos Editores, 1996, p. 46 y sig.

Otra de las "herramientas" lingüísticas de las que se echa mano, es el fenómeno que conocemos con el nombre de apócope. La apócope no es otra cosa que la supresión de sílabas al final de una palabra y escuchamos a diario: *conta, mate, pre, lite, caste, brodi, Garai, profe, contra, cuña, ex, paraca, homo, licen, seño*, etc.

Por otro lado, tenemos, a la aféresis; procedimiento a través del cual se suprimen las sílabas iniciales de una palabra: *lera, leta, letus, tella, ñora, ñor, lícula, tonces*, etc. Se dan alargamientos de las palabras para hacerlas más expresivas y funcionales; pareciendo a simple vista que fueran derivaciones arbitrarias mediante el empleo de sufijos inventados: *bailonchi, bailacho, bailongo, bueneas, Cabrera, clarines, clarinetes, falseta, gilo, gila, reciclón, segurolas, simón*, etc. Se presentan, además, formas invertidas (metátesis), que, posiblemente son las elaboraciones menos artificiosas: *davi, tefren, is, naple, momis, gaver, naqui, tavuel, mapri*, etc. Síncopas como *funcar*. Finalmente, formas "dislocadas" en su orden lógico, formas que han sufrido trastornos lingüísticos: *esnaqui, iofri, diche, futa, mais, petro, marchitarse, tapiñar*, etc.

En lo que concierne a los fenómenos retóricos, encontramos que en la jerga, inconscientemente la juventud hace uso de este tipo de recursos como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, los paralelismos, la ironía, la hipérbole, los pleonasmos, etc. Dentro de la metáfora, podemos citar como ejemplos, *abeja, pecho amarillo, avión, blanco, bomba, cacho, camellar, Cebollas, chicharra, chiva, chupar, chuzos, joto, lámpara*, etc. Como metonimias, *botella, polvo, blanca, la pura, fierro, cranear, chispa, echar humo, hierro, jetón, plomo, pata*, etc. Sinécdoques, *ceja, blanco, changa, entusado, fundearse, labia, montañera*, etc. Paralelismos, *fundido, quemado, abollado, aterrizar, para el carro, pisar, rallado, soplar, topar*, etc. Hipérbolos: *fósil, hablar rocas, bagre, ¡habla y te salvás!, ¿a quién hay que matar?*, etc. Formas despectivas como *albacho, gualaca*, etc. Pleonasmos como *hacer justicia con las propias manos*.

Bibliografía

- Alvar Manuel. *Estructuralismo, Geografía Lingüística y Dialectología Actual*. Biblioteca Hispánica Románica, Madrid, Editorial Gredos, S. A., 1969.
- Alvar Manuel. "Actitud del hablante y sociolingüística", en *Comunicación y lenguaje*. Madrid, Editorial Karpos, 1977, pp. 87-105, Rafael Lapesa (Cord.).
- Álvarez Henao Luis Eduardo. *El café en la lengua*. Colombia, Publicaciones de la Universidad de Quindío, 1981.
- Arfuch, Leonor (Comp.). *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Augé, Marc. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- _____. *Los "no lugares". Espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa, 1996.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Beinhauer Werner. *El español coloquial*. Madrid, Editorial Gredos, S.A., 1963.
- Bioy Casares Adolfo. *Diccionario del argentino exquisito*. Revista NOTICIAS, Buenos Aires, Emecé Editores, S.A., 1990.
- Borges Jorge Luis. *El lenguaje de Buenos Aires*. Colección Piragua, Buenos Aires, Emecé Editores, S.A., 1968.
- Cassetti Francesco. *Introducción a la semiótica*. Barcelona, Editorial Fontanella, S.A., 1980.
- Castells, Manuel. *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Castro Américo. *La peculiaridad lingüística rioplatense*. Madrid, Taurus, 1960.
- Cordero Palacios Alfonso. *Léxico de vulgarismos azuayos*. Cuenca, Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1985.
- Córdova Álvarez Pedro. *El habla en el Azuay*. Cuenca, Publicación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1995.
- Corominas J. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Editorial Gredos, S.A., 1954.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México, D. F., Talleres de Producción Gráfica y Comunicaciones S.A., 1996.
- De Granda Germán. *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*, Madrid, Editorial Gredos S.A., 1990.
- Ducrot Oswald y Todorov Tzvetan, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Madrid, Siglo XXI, 1974.
- Encalada Vásquez Oswaldo. *Modismos cuencanos*. Cuenca, Ediciones del Banco Central del Ecuador, 1990.
- Gadamer, Hans-Georg. *Arte y verdad de la palabra*. Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1998.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Madrid, Paidós, 2001.
- _____. *Imaginario urbano*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- García Moreno, Beatriz (Comp.). *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*. Bogotá, Unibiblos, 2000.
- Giraldo, Fabio y Viviescas. Fernando, *Pensar la ciudad*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.
- Halliday M.A.K. *El lenguaje como semiótica social*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Joseph, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano*. México, Gedisa, 1988.

- Lapesa Rafael. *Historia de la lengua española*. Madrid, Escelicer, S.A., 1959.
- Lázaro Carreter Fernando. *Diccionario de términos filológicos*. Madrid, Editorial Gredos S.A., 1974.
- Lipovetsky, Gilles. *El imperio de lo efímero: la moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona, Anagrama, 2002.
- Martín Barbero, Jesús. *Pre-textos: Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. Cali, Editorial de la Universidad del Valle, 1996.
- _____. *De los medios a las mediaciones*. Bogotá, Editorial Nomos S.A., 2003.
- _____. *Oficio de cartógrafo: travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Max Blacx. *El laberinto del lenguaje*. Caracas, Colección Letra ViVa, Monte Ávila Editores, C. A., 1968.
- Merbalejo Narciso Alba. "Acercamiento a la jerga de los canteros españoles", en *Marges 2 nature et significations du discours marginalisant, Actes de la Table ronde du CRILAUP* (Centro de Recherche Ibériques et Latino-Américaines., Perpignan, janvier, 1986, pp. 147-160.
- Moraña, Mabel (Edit.). *Espacio urbano: comunicación y violencia en América Latina*. Pittsburg, Publicación del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002.
- Ortiz Arellano Carlos. *Ecuador, sociedad y lenguaje*. Cuenca, Publicación de la Universidad de Cuenca, 1979.
- Pérez, José Antonio. *Filosofía y crítica de la cultura*. Madrid, Trotta, 2000.
- Reguillo, Rossana. *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2006.
- Rodríguez Castelo Hernán. *Diccionario sexual ecuatoriano y latinoamericano*. Quito, Editorial Gallo capitán, 1979.
- Sartori, Giovanni. *Homo videns, la sociedad teledirigida*. Buenos Aires, Taurus, 2002.
- Silva, Armando. *Imaginario Urbanos*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994.
- Smith Alfred, *Comunicación y cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- Toro, Jaime. "La ciudad y la imagen", *La imagen de la ciudad en las artes y en los medios*. Bogotá, Unibiblos, 2000.
- Torres, Carlos; Viviescas, Fernando y Pérez, Edmundo (Comp.). *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá, Editorial Unibiblos, 2002.
- Tusón Jesús. *El lujo del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1989.
- Van Dijk Teun. *Estructuras y funciones del discurso*. Madrid, Editorial Aguilar, 1970.
- Vázquez Honorato. *Reparos sobre el lenguaje usual*. Cuenca, Imprenta de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, TOMOS I-II, 1992.